



José Leonardo Riera Bravo

AUTOBIOGRAFÍA NO AUTORIZADA

Editorial La hoja de la calle

DEMO

José Leonardo Riera Bravo

**Autobiografía
NO
autorizada**

Editorial La hoja de la calle

2021

Editorial La hoja de la calle

Presidente

Maximiliano Malavé

Vicepresidenta

Zully Rojas

Coordinadora de corrección

Carol Hernández

Coordinador de diseño

Arturo Mariño

@lahojadelacalle

www.lahojadelacalle.com

editorial@lahojadelacalle.com



Colección Narrativa

1ª edición digital, La hoja de la calle; 2021

Autobiografía no autorizada

© José Leonardo Riera Bravo

Diseño de portada y diagramación

Maximiliano Malavé

Corrección

Zully Rojas

Imagen de portada

Ryoji Iwata

Depósito Legal: DC2021001040

ISBN: 978-980-7091-24-4

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Contenido

La cosa esa dormida / 6

Los humanos no existen
(Hasta que la muerte los separe) / 14

Meses Muertos / 26

Dos penas y un perro blanco / 31

Cayó el último cabello / 41

Espíritu Infantil / 63

Al fin y al cabo / 66

La cosa esa dormida

—¡A mí! ¡a mí! ¡dámelo a mí!

—No no no no ¡no! Ya a ti te tocó.

—¡Ay, pero sólo fue un ratico! ¡Anda! ¡Un ratico más!

—¿Qué? ¿Acaso piensas tenerlo encima todo el día?

—¡Ay, no seas así!

Las frases de excitación sólo eran opacadas por los chillidos de aquella diminuta cosa. Era pequeñísimo, pero todas lo querían. Yo miraba sorprendido cómo todas las personas dentro de la habitación sucumbían ante sus encantos con tan sólo verlo.

—¡Chica, dame acá! ¡Tú no sabes agarrarlo!

—¡Deja vale! ¡Es que hay que moverlo bien para que se duerma!

—¿Para que se duerma? ¿Estás loca? Esta sabrochura hoy no duerme —decía, mientras lo mordía con sus labios—, ¿verdad, coshito? ¡Él se va a pasar la noche entera en los brazos de mamá!

—¡Qué mamá ni qué verga! ¿Tú lo hiciste acaso?

Nunca había presenciado un espectáculo tan mediocre. Dos mujeres peleándose por ese bulto. ¡Qué horror! ¡Era tan pequeño que ni valía la pena cortarlo por la mitad! Pero bueno, así son las mujeres: mientras más chiquitos más le gustan. Les gustan chiquitos, suaveitos, con su respectiva piel de bebé, y que no

tengan mucho pelo. Aunque si tienen pelo igual les gusta, y lo agarran diciendo:

—¡Uy! ¡Qué cabecita! ¡Mírale los pelitos!

—¡Nunca había visto algo de este tamaño y con tanto pelo!

Pero no es cierto, ellas lo saben todo al respecto. Han visto de todos los tamaños. Han visto con mucho pelo, o con la cabeza pelada, han visto con pelo negro, negro claro, con pelo amarillo ¡Incluso con pelo rojo! Eso sí, si no tienen la correspondiente piel de bebé es muy posible que aprovechen el primer momento en que esté dormido para dejarlo y más nunca volver a tocarlo. Porque la piel debe ser muy suave, puede ser una piel morena, blanca, negra ¡Incluso hasta bronceada! Pero siempre, y esto es estrictamente necesario, debe ser suave.

¡Y ni hablar de otras preferencias! Les fascina que sean pequeños porque dicen que son más fáciles de agarrar, más tranquilitos y más bonitos. En cambio los grandes no se pueden manipular fácilmente, incluso se les llega a ser muy difícil hacerlo, pues siempre andan pendiente de hacer desastres, de meterse por allí, de meterse por allá, debajo de todas partes y encima de todo el mundo; pero no les gusta nunca que los agarren mucho, pues ellos quieren libertad, mientras más crecen más cosas pueden hacer solos. Ellos solos hacen lo suyo, y con eso es suficiente.

Lo que implica una contrariedad —como todo lo de las mujeres— porque no he visto la primera chica que al ver a esas crías de animales salvajes listos para el ataque no diga:

—¡Ay! ¡Míralo! ¡Se paró! (¡Por fin!)

—¡Más lindo que se ve parado! ¡Se ve mucho más grande!

—¡Ay, sí! ¡Ven con mamá, ven con mamá! ¿Shi, shi, shi?

Y luego, en el más alto estado de excitación, gritan:

—¡Vino! ¡Vino! ¡Miren todas! ¡Vino solito!

Es una excitación contagiosa, pues no sólo las afecta a ellas, sino también al que se las provoca (¡Incluso a quienes los observan!). Tal es la sensación que le causan que en su acto de ir y venir se cae muchas veces, pero siempre vuelve a levantarse, va como todo un ogro hacia otra de las mujeres, acaba con su show, y luego, ya cansado, se duerme.

Entonces, cuando ya está dormido, todas se quedan mirándolo como enamoradas, y se preguntan:

—Cónchale, ¿cuándo se despertará?

—¡No duró nada!

—¡Y se durmió justo cuando habíamos logrado que se parara!

—¡Y ahora que es tan difícil que se paren! ¡Pues ya ni para eso quieren servir!

—¡Ay, no digas eso! Es más, se ve hermosísimo así dormido.

—¡Uy, sí! Y la cabecita, ¡Mírale los pelitos!

—¡Nunca había visto algo de este tamaño y con tanto pelo!

Lo ven. No miento. Mis afirmaciones se basan en años de investigaciones exhaustivas. Investigaciones que por poco me han costado mi integridad y bienestar. Y me lo han costado en parte. Por esto puedo afirmar que las mujeres no pueden vivir sin esas pequeñas cosas que siempre se la pasan encima de uno ¿Para qué? ¡Para echar su vomito blanco y luego dormirse!

—¿Pero me vas a decir que no es lindo?

—¡Claro, chama! ¡Hasta se parece al papá! Y te digo que el papá no está nada mal... ja, ja, ja ¡No vale chama, te estoy echando broma!

—¿Echando broma? ¡Jum! ¡Yo te voy a echar un cuentico! ¡Ultimadamente chica, ese niño se parece es a su mamá!

—Sí vale, yo también creo lo mismo. Mírale esa boquita tan linda, y esos ojitos.

—¡Ay sí, chama! ¡Y mírale la naricita! ¡Tan linda como la del papá!

Ante tantas expresiones de asombro por la belleza de aquella cosa dormida, intenté asomarme para poder contemplar los encantos que ese ser provocaba en aquellas mujeres. Pensé que seguramente eso me serviría de mucho. Entonces cuando llego y veo aquel

bebé dormido, si bien me causó una impresión de ternura y amor, al verle la “naricita” lo único que pude pensar fue: ¡Que rata!.

Yo seguía mirando al niño tratando de encontrar lo lindo de su “boquita” y “ojitos” pero su boca me pareció una lombriz muerta, morada, y sus ojos eran tan pequeños que —además de estar cerrados— no se veían con detalles (afortunadamente). Lo que si debo reconocer es que por un momento deseé tener sus “pelitos”.

Y mientras lo veía, tal como un crítico de arte observa una pintura, las mujeres enloquecían discutiendo que si se parece a la mamá, que si se parece al papá, que el papá no está nada mal, etcétera.

—¡Ya pues! ¡Orden en la pea! ¡Me van a despertar al niño!

—Sí vale chama. Dejen el escándalo.

—¡Dejen el escándalo nada, tú también andas como una guacharaca! ¡Vayen, vayen! ¡Y vuelvan mañana, mira que ya el bebé se durmió!

—Ay chama, pero ya sabes, mañana venimos, así que no es que te vas a ir al mercado, a la peluquería, al cementerio...o al cementerio.

—Sí vale marica, nos vemos mañana, chao, chao, chao. Ustedes cierran la puerta —les decía, al tiempo que golpeaban cachetes con cachetes, o mejor dicho, se daban besos.

—Chao Leíto... —me decían al unísono.

—Chao, hasta luego, gracias por venir —les respondía yo, tan hipócritamente como era posible.

“Papi, échamele un ojo a Esleyter que voy a ver si me echo una agüita y después le voy a hacer el tetero”, me dijo mi tía. Yo volteé tal como lo hacen los personajes de las películas de terror justo antes de que ¡Zas! le corten la cabeza. Y, cuando iba a decirle que no, ya la regadera estaba sonando. Miré a mi primo más pequeño (así como les gustan a ellas), lo dejé durmiendo en el cuarto, y me fui a jugar Play Station a la sala.

Luego de buscar millones de objetos, y de matar trillones de zombis, empecé a oír unos ruidos muy extraños. Me preocupé. Sólo estábamos mi tía y yo en la casa. Ah bueno, y la cosa esa dormida. Traté de calmarme, yo no soy fácil de intimidar ¡Pero debo admitir que Resident Evil me pone los pelos —o pelitos, ya no sé cómo decirlo— de puntas! No tenía tiempo para preocuparme, cada vez más zombis venían hacia mí.

Así que ahí venía él, abrió la puerta tanto o más lentamente de cómo se abren en el videojuego, sus piernas parecían abrirse para darle paso a algo por debajo de ellas, sus brazos estaban extendidos, como intentando tomar lo que primero estuviera a su paso. Y su paso, tosco, descontrolado, lento. Debía ser un zombi. Pensé en dispararle.

¡Bum! Se cayó. Sentado me quedé mirándolo. Yo no le había disparado, no tenía un arma (de haberla tenido quizás lo hubiese hecho). No obstante, tal parece que él agonizaba allí en el suelo.

Se quiso levantar. Se sostuvo con sus rodillas, mientras que sus manos las colocaba adelante, decidido a levantarse para terminar conmigo (sí, así como en Dragon Ball). Y tal parece que lo iba a hacer. Yo estaba muy nervioso, pensé en correr, pensé en patearlo, y de repente lo único que pude decir fue:

Mish, mish —lo llamé como a un gato—. Ven con papá. Mish, mish, ven, anda, mish. ¿Quién es el bebé más lindo de la casa? ¡Agugú! ¡Agugú!

El bebé estaba de nuevo parado (así como a ellas les gusta), y ahora caminaba decididamente hacia mí. Desde ese entonces nunca volví a ser el mismo.

—¡Vino! ¡Vino! ¡Mire tía! ¡Esleyter se paró! ¡Y vino solito! —gritaba yo, con el bebé en mis brazos.

—Ay, cuídamelo papi, todavía me estoy bañando, dale el tetero ¿sí? —me respondió, y cuando le iba a contestar que no, abrió la regadera nuevamente y no pudo escucharme.

Busqué desesperado el tetero, pues el zombi tenía hambre, y si no quería que me comiera a mí debía darle su tetero. Fue difícil encontrarlo, en el videojuego siempre hay pistas, e incluso algún zombi que —después de que lo matas— te da precisamente lo que estabas buscando, pero en este caso el zombi es mi primo, y estaba en mis brazos.

Le coloqué el chupón y lo acosté en el mueble, mientras pellizcaba sus cachetitos y su linda naricita. Y así pasé toda la tarde, jugando a que me comía su barriguita.

Nunca pensé que la cosa esa dormida iba a ser lo más importante de mi vida. Ahora, irremediablemente, me ha convertido en zombi. Cuando le hablo nadie me entiende, pues el idioma zombi resulta de complejo entendimiento: “azuzú, arrorró, mish, mish, ea la luna, ea la luna”. Incluye también sonidos animales, de perros, de gatos, así como una necesidad extrema de terminar las palabras con “ito” e “ita”.

La cosa esa dormida, allá, tras de mí, ha sacado la dulzura —que ya no me conviene llamarla estupidez ni excitación— dentro de mi corazón. Y, tal como un zombi, día con día se lleva mi corazón con mordisquitos (ya ven que dificultades me trae hablar el idioma zombi).

La cosa esa dormida, a pesar de su tamaño, es el primo a quien más quiero.

Y, en unas cuantas horas, será mi primer ahijado.

Como él es mi mejor primo, yo intentaré ser su mejor padrino de agua.

Los humanos no existen

(Hasta que la muerte los separe)

I

—Mamá, ¿Los humanos existen?

—Sí, hijo, sí existen —respondió la mujer muy seriamente—. Pero no te preocupes, ellos le salen sólo a los niños que se portan mal.

Misael les tenía terror a los humanos. El simple hecho de pensar en uno le podía causar el más infinito miedo. En sus ocho años de vida había vivido en función de portarse bien, de evitar a toda costa que un humano viniera a buscarlo. Él sabía de varios chicos que habían sido víctimas de los humanos; los fastidiaban, los golpeaban, los tropezaban, los pisaban, los mordían e incluso, en el peor de los casos, se los comían.

—¡Bah! ¡No seas bobo, Misael! —dijo Gustavo— ¡Eso es mentira! ¡Los adultos inventan eso para que nos portemos bien!

—¡No, Gustavo! ¡En serio! —dijo Misael mostrándose preocupado— ¡Mi mamá no me dice mentiras!

—¡Ja! ¡Sigue creyendo y te volverás creyón! —exclamó Gustavo sonriendo— ¡Es más, chamo, tú no puedes vivir tu vida muerto de miedo!

II

Leonardo estaba muerto del cansancio. Sentía que su cuerpo pesaba el triple de lo normal, no quería levantarse de su cama, no quería vivir de nuevo lo mismo que muchas veces antes ya había vivido. La rutina lo tenía desmotivado, aburrido, solo, y muerto; muerto de cansancio.

Mientras intentaba despertarse del todo, miraba hacia el techo. Fue precisamente desde allí que se veía la noche pasada, estando desesperado, sin poder hablar, sin poder moverse, sin poder hacer nada. Sólo viendo como su cuerpo estaba en la cama, así simplemente, como si estuviera muerto. Estos sueños locos, pensó. Se quitó la cobija de encima y estiró las piernas. Tomó de nuevo el celular, pues había olvidado cuántos minutos habían pasado desde que el despertador sonó a las cuatro y media. La luz de la pantalla casi lo deja ciego. Eran las cuatro y cincuenta de la mañana.

Se levantó y se sentó sobre la cama. Puso sus pies sobre unas viejas sandalias que había decidido usar como cholas y caminó hacia el baño. Orinó. Realmente se había levantado con esa única razón pero, ya que lo había hecho, decidió cumplir con sus obligaciones, con la rutina. Ser una persona como todas las demás, cumplir con todas sus responsabilidades.

Lavó su cara, cepilló sus dientes. Hum, mejor me baño en el trabajo, dijo para sí al ver la ducha. Salió de aquella habitación, volvió a su cuarto, se vistió, tomó su morral, fue a la cocina, bebió de la botella de Coca-Cola, atravesó velozmente la puerta y se fue volando.

III

—Misael, mi amor, despiértate.

—Ya va, mamá —respondió Misael entre dientes— cinco minuticos nada más...

—Corazón tienes que ir al colegio —decía suavemente aquella mujer mientras acariciaba el rostro de su hijo—. Mira que a los niños que no van al colegio le salen los humanos...

Misael despertó sobresaltado. Se levantó y se sentó sobre la cama. Vio a su madre y la abrazó fortísimo. No, mamá, yo me porto bien, yo voy a ir al colegio, decía una y otra vez mientras la abrazaba.

Bajó sus pies hasta sus cholas y caminó hacia el baño. Orinó. Realmente no se había levantado con esa intención pero, ahora que lo hacía, le pareció justo y necesario. Lavó su cara, cepilló sus dientes.

—¡Mamá! ¡Está haciendo frio! ¡Yo no me quiero bañar!

—Los humanos, hijo, los humanos...

Se bañó, regresó a su cuarto, se vistió, desayunó — apúrate hijo, vamos a llegar tarde— tomó su morral y, él junto a su madre, atravesaron velozmente la puerta. Se fueron volando.

IV

¡Más muerto que está esto!, pensó Leonardo.

En efecto, aquel lugar estaba totalmente solo. «Aquí no hay ni un alma». La plaza era inmensa, mas no tenía bancos para sentarse; sólo algunos promontorios de mármol interrumpían la monotonía de las losas que, para variar, eran de mármol también. Un horizonte rojo que por el sol se encendía y que, aunado al gran calor que allí se sentía, parecía ser una imitación barata del infierno. Y al final, el busto de un hombre, gigante, colosal, miraba hacia el sur, tal vez esperando la llegada de algún caminante.

Allí, a la plaza, llegaron tres personas.

La rutina de Leonardo era muy agotadora; incluso antes de trabajar, pasaba trabajo. Luego de salir de su casa debía tomar el subterráneo hacia el centro de la ciudad y, una vez allí, esperar un autobús que pasaba de hora en hora. Cuando pasaba.

Sin embargo, Leonardo no tenía opción.

Tomó el subterráneo hacia el centro de la ciudad, y se fue caminando hacia la plaza, hasta el promontorio a donde subió para sentarse. «Aquí no hay ni un alma» pensó.

—¡Apúrate, Misael! ¡Vamos a llegar tarde!

—¡Ya va, mamá! ¡No puedo aparecer y desaparecerme!

—¡Yo no te estoy diciendo que te aparezcas en ninguna parte, sólo te pido que camines más rápido!

—Ay, mamá, no te amargues la vida, de todas formas tenemos que esperar al autobús...

—¡Precisamente por eso! ¡Si el autobús pasa y no hemos llegado vamos a tener que esperar mucho tiempo!

Desde un promontorio del norte de la plaza, Leonardo y el busto gigante observaban a dos siluetas acercarse. Iban volando. Agarrados de la mano se acercaron rápidamente hacia donde estaba Leonardo.

—Buenos días, señor —dijo la mujer—, ¿Me puede decir la hora?

—Buenos días —respondió Leonardo con buen gesto—, son las seis y veinte de la mañana.

—Ah okey, muchas gracias —le dijo, mientras intentaba sentarse en donde estaba Leonardo—. Vente hijo, vamos a sentarnos aquí.

—Venga y le ayudo —expresó Leonardo al tenderle su mano a la mujer. Y al niño.

Y se quedaron sentados los tres. En silencio. Leonardo, Misael y su madre. Como estatuas de la plaza, como sombras de la misma.

Sombras negras, o añiles. No rojas. Ese día la plaza no estaba igual. Se veía azules, y el cielo, para variar, también. Hacía frío. El aire soplaba fuertemente, incluso parecía que nevaba... Algo debía estar pasando en el infierno.

—¿Usted espera al autobús? ¿No sabe si ya ha pasado?

—Sí, yo lo espero —respondió Leonardo—. No tengo más de cinco minutos aquí, pero obviamente nada ha pasado. (Aquí nunca pasa nada). Pero no me trates de usted, mira que me pones más viejo de lo que soy.

—Jajaja ¿Más viejo de lo que eres? —preguntó la mujer entre risas— ¿y cuántos años tienes tú pues?

—Jejeje tengo treinta y tres años

—Jajaja ¡No seas necio! ¡Eres jovencito! —dijo sorprendida— ¿Y cómo te llamas tú?

—Me llamo Leonardo, pero me puedes decir Leo. ¿Y tú cómo te llamas?

—El placer es mío, Ariadna.

Y así estuvieron esas tres almas largos minutos conversando. De las edades, los nombres, los autobuses, las plazas, en fin, de la vida.

V

Digamos de una vez –para no hacer el cuento más largo– que así transcurrió un año. Más de trescientos días en los que Leonardo, Misael y Ariadna se encontraban cada mañana a conversar, a esperar, a compartir, a vivir.

Y lo hicieron. Pues desde que se conocieron fueron descubriendo una razón más para vivir. (Sí, ya sé; suena muy cursi, pero ¿qué se hace con estas cosas del amor?). Una razón para romper su rutina, una razón para continuarla. Valía la pena despertarse todas las mañanas para hablar con la chica de la plaza y su hijo.

Valía la pena despertarse todas las mañanas a llevar a Misael a la escuela, y mientras, hablar con Leonardo.

Así fue que trescientos días le fueron más que suficientes para enamorarse, para amarse el uno al otro. (Hasta que la muerte los separe).

Fueron conviviendo día con día, hora con hora. Los encuentros no se limitaban a la plaza inmensamente vacía, ahora se encontraban en la escuela, en el trabajo, y en sus casas. Leonardo se convirtió en el padre que Misael necesitaba. Este, y Ariadna, en la familia que Leonardo nunca había tenido. Todo iba bien, no podría haberse soñado de mejor manera.

En una ocasión Leonardo fue a buscar a Misael a la escuela, pues Ariadna no podía.

—¿Usted es el papá de Misael?

—Eh... sí, algo así... —respondió Leonardo— ¿Por qué?

—Mucho gusto —dijo el chico mientras le tendía la mano al hombre con quien hablaba— yo me llamo Gustavo, soy un amigo de Misael y él me dijo que yo le dijera a usted que lo esperara, que tenía que quedarse un momento más para copiar la tarea, pero que él se apuraba.

—El gusto es mío, Gustavo —dijo Leonardo sonriendo—. Mi nombre es Leonardo, y muchas gracias por la información.

—¡Bah! ¡No se preocupe! ¡Si quiere lo acompaño mientras espera a Misael!

—Ah bueno, sería un honor. ¿Pero no tienes que irte a tu casa?

—¡Nah! ¡No se preocupe por eso! ¡Yo siempre me voy solo!

Se quedaron los dos sentados, esperando a Misael. Mientras lo hacían, ambos miraban sus zapatos y movían sus pies de adelante hacia atrás, una y otra vez.

—¿Y qué me cuenta? ¿Usted qué es?

—Jajaja ¿Que qué soy yo? ¡Qué más voy a hacer! Jejeje ¡Un humano común y corriente! Jajaja

—¡En serio! ¿De verdad de verdaíta?

—Jajaja ¡Claro, de verdad!

—¡Wao! ¡No se preocupe! ¡Yo no le voy a decir a nadie! —dijo Gustavo solemnemente, mientras llevaba su mano a su frente en actitud de juramento militar— ...¿Y tú comes niños?

—Jajaja no... supongo que saben muy feo jajaja

—Jajaja ¿Sí, verdad? Yo sabía que eso eran puras mentiras, pero ¡nunca pensé que algún día vería a un humano!

—Jajaja

Este chico está loco, pensó Leonardo. Por suerte para Leonardo, en ese momento Misael ya iba saliendo de la escuela.

Varios días Leonardo buscó a Misael, muchos de ellos Misael salió tarde de la escuela, en diversas ocasiones Gustavo conversó y se hizo amigo de un humano.

Después Gustavo (que, aún sabiendo que había dicho que no le informaría a nadie que Leonardo era un humano, necesitaba quitarle el miedo por éstos a Misael) le decía diariamente y en actitud de burla:

—¡Tu papá es un humano! ¡Tu papá es un humano!

Al principio Misael no le hacía caso. «Este chico está loco», pensaba. De hecho, hasta le gustaba que dijera eso, pues ahora Gustavo sí creía en la existencia de los humanos. No obstante, varios días después de que se lo dijo por primera vez, éste seguía hablando del mismo tema, siempre revelando detalles acerca de esa

rara especie; conocimientos que generalmente serían difíciles de saber. Y no decía locuras; eran cosas ciertas. De los humanos... de Leonardo.

A Misael siempre le había parecido especial, pero nunca pensó que lo fuera demasiado. Y, si él realmente era un humano, eso lo haría demasiado especial para ese mundo. Pero Gustavo tenía razón, cada vez lo convencía más y más. Misael, antaño preocupado, ahora temía.

Empezó a odiar la forma en que Leonardo actuaba para ganarse la confianza de su madre y así, al final, probablemente, comerse a los dos juntos. Leonardo era para él, sin duda alguna, el humano más malo que pudiera existir en el mundo.

Lo detestaba, odiaba verlo, odiaba escucharlo, odiaba sentirlo. Le causaba asco verlo comer, pues imaginaba que tal vez en el futuro lo que estaría comiendo podría ser su madre. Asqueroso manipulador —pensaba Misael— tú realmente no quieres a mi mamá. Su pánico a los humanos se convirtió en ira. Ahora su único temor era que aquel humano le quitara a su única familia. No. Misael no podía permitirlo.

Misael habló con el director de la escuela, y la información se desplazó por todos los que asistían a ella. Estudiantes, padres, maestros, obreros, todos. Había pánico. ¡Un humano andaba diariamente entre ellos! Los niños corrían peligro: o el director hacía algo o los padres lo dejarían en la ruina cambiando a sus hijos de esa escuela.

El director no podía permitir que un humano le quitara su dinero, su trabajo, su vida; fue por eso que acudió a ministerios, jefaturas, juzgados y a cualquier ente con competencia al respecto para poder hacer algo con ese humano que ahora desequilibraba su mundo.

Lo logró.

¡Los humanos no existen! ¡Los humanos no existen!, gritaba Ariadna en el juzgado.

¡Ustedes están locos! ¡Leonardo no es un humano! ¡Él es tan muerto y tan fantasma como todos nosotros!

«Por la autoridad que me confiere la ley, ordeno que el humano Leonardo Lucas sea exiliado del mundo de los muertos. Se cierra la sesión».

—¡Defiéndete, mi amor! ¡Defiéndete! —decía Ariadna mientras lloraba abrazando a Leonardo— ¡Diles que tú no eres un humano!

—... Ariadna, yo soy un humano.

Ariadna, de no ser una muerta, hubiese muerto de un infarto al oír lo que Leonardo le había dicho. «Yo soy un humano, Ariadna, yo soy un humano». Sólo eso escuchaba en su cabeza, una y otra vez, y ella, para no escucharlo, gritaba:

—¿Por qué me engañaste? ¿Por qué no me dijiste nada? ¡No! ¡Tú no puedes ser un humano! ¡Los humanos no aman! ¡Tú no eres un humano, tú estás muerto!

Leonardo, al ser separado de ella, le dijo:

—Yo nunca te dije que yo era un muerto. Nunca me sentí tan vivo como cuando estaba contigo. Y por eso te amo.

«...Yo también te amo» dijo Ariadna para sí. Por la mejilla de Misael corrían dos lágrimas (¿De felicidad?).

Leonardo estaba en el techo de su cuarto, desesperado, sin poder hablar, sin poder moverse, sin poder hacer nada. Sólo viendo como su cuerpo estaba en la cama, así simplemente, como si estuviera muerto. Recordó que no lo estaba. Las lágrimas cayeron sobre el cuerpo que estaba en la cama. Él también.

Desde entonces su rutina ha cambiado poco, y ahora básicamente vive muriendo para regresar con su amada.

Le gusta pensar que los humanos no existen.

Este chico está loco, piensa la gente.

Fin de Autobiografía no autorizada

© Editorial La hoja de la calle

Sobre el autor

José Leonardo Riera Bravo

(Caracas, Venezuela. Mayo, 1992.)

Escritor y poeta, actor y gerente cultural, presentador de televisión y radio.

Director General del Movimiento Aquiles Nazoa. Miembro de la “Red de Jóvenes Artistas e Intelectuales en Defensa de la Humanidad”, de la Red Nacional de Escritores Jóvenes “Para Labrar”, y del “Movimiento Mundial de Poetas (WPM)”.

Siendo “Autobiografía No Autorizada” su primer libro de narrativa, dentro de sus publicaciones como autor se encuentran: poesía infantil para colorear “Mi amigo Miranda”, editado en el 2013 por el Instituto Nacional de Parques y en el 2015 por el Ministerio de Comunicación e Información. Enfocado en que la literatura puede forjar la idiosincrasia de los niños, publica otro libro de poesía infantil para colorear titulado “Tin Marín: El conuco cultural de Alí”, editado por el Ministerio de Ecosocialismo y Aguas. En marzo del 2018, específicamente el Día Mundial de la Poesía, bautiza en el Teatro Nacional el poemario “Si me Riera Bravo”, con el Fondo Editorial Fundarte de la Alcaldía de Caracas.

Sus poemas han sido publicados en cuantiosas antologías, entre las cuales vale destacar “Más que amor, frenesí”, elaborada por la Editorial El Perro y la Rana, en el año 2012 y 2017; “Cuenta de Poetas” recopilada por La Mancha Editores en noviembre del 2012; “Evocando al Arañero” publicada por Monte Ávila Editores en julio del 2016; y “En cuerpo y alma”, realizada por La Mancha Editores en septiembre del 2016.

Siendo adolescente era integrante del Centro Nacional para el Talento Ajedrecístico (CENATAJE), ocupación que le condujo a titularse en el Instituto Nacional del Deporte (IND) como Instructor Deportivo Comunitario, mención Ajedrez. Al mismo tiempo que, aún siendo menor de edad, es aceptado por Carlos Noguera, Presidente de Monte Ávila Editores, para recibir durante casi un año en el área de Literatura Infantil y Juvenil, bajo la tutela del escritor y periodista Hugo Colmenares.

Luego de titularse Bachiller en Humanidades en el Liceo Caricuao, se incorpora en la Casa Nacional de las Letras “Andrés Bello”, presidida por Luis Alberto Crespo, en el “Circuito Liceísta de las Letras”, donde recibe formación de maestros como Sael Ibáñez y Laura Antillano en narrativa, y Raquel Molina y Victoria Ardito en poesía.

Sin olvidar sus inicios desde chamo en un programa de promoción del libro y la lectura de Venezolana de Televisión, cursa estudios en la “Escuela de Medios y

Producción Audiovisual” (EMPA), de ÁvilaTV. Para ingresar, en el año 2012, a la Universidad Nacional Experimental de las Artes (UNEARTE), cursando estudios en la Licenciatura en Teatro, mención Gerencia y Producción. Desarrollando un nuevo oficio como Actor, ingresa en la Fundación Casa del Artista como participante del Diplomado de Formación Integral para el artista, recibiendo entrenamiento de maestros como Antonio Machuca y Dante Lombardi.

Luego de egresar del 3er Diplomado en Edición y Promoción del Libro, tutelado por la UNEARTE y la Editorial El Perro y la Rana en el 2020, inicia estudios en la Licenciatura en Comunicación Social desde la Universidad Bolivariana de Venezuela.

Desde adolescente demostró interés en la ciencia, la tecnología y la robótica, lo que lo lleva a convertirse en el único ganador del Premio Municipal de Ciencia, Tecnología e Innovación “Dr. Humberto Fernández-Morán” (2009), en la categoría Ensayos; ese mismo año se hace merecedor del triunfo en el VI Concurso Anual de Cuento Breve y Poesía de la Librería Mediática, en la categoría poesía (en radio y en televisión). Dos años después, resulta ganador del Premio Municipal al Liderazgo y Activismo Juvenil “Livia Gouverneur” (2011), en la categoría Trabajo Cultural Destacado;

Con un libro de narrativa inédito titulado “Mitología de la Gran Caracas” resulta ganador del 1er Rally Metropolitano de Escritores con tan sólo 17 años de edad, en el año 2009. Al siguiente, obtiene el primer

lugar del I Concurso Artístico “De Miranda al Ché”, organizado por Misión Cultura, en la categoría Poesía; Ganador del I Festival Nacional de Poetas Jóvenes “Cuando Nombro la Poesía” (Nuevo Circo, 2010) y participante seleccionado en el Festival Artístico Nacional “Livia Gouverneur” (Teatro Cantaclaro, 2011).

Con 18 años de edad recibe sendas condecoraciones: la Condecoración Presidencial Orden José Félix Ribas 2010, en su Primera clase; la Condecoración Orden Buen Ciudadano (Caracas, 2010), y también se le otorgó la Condecoración Municipalidad de la Ensenada en la República Argentina, 2010). Obtuvo Reconocimiento Especial de parte del Parlamento Latinoamericano (Parlatino) por su Labor Cultural (2009), y Reconocimiento Honor al Mérito de parte del Instituto Nacional de Tierras por su Trabajo Cultural en las Comunidades Rurales (2011).

Fue seleccionado como artista joven para representar a Venezuela en el evento Internacional “Expo Shanghai 2010”, que se llevó a cabo en Shanghai, China. También tuvo la responsabilidad de brindar homenaje, con su poesía, a figuras como el maestro José Antonio Abreu, el doctor Jacinto Convit y el director de orquesta Gustavo Dudamel, en teatros y televisión.

Como actor es integrante del Grupo Estable de Teatro de la UNEARTE. Participó en los montajes teatrales “Mecenas 2.0” (Unearte, 2011), “Para, Mira y Cruza” (Teatro César Rengifo, 2011), “Ópera 19 de abril de

1810” y “Ópera Tosca” (Teatro Teresa Carreño, 2011), “Esa espiga sembrada en Carabobo (Unearte, 2017), “Lo importante es que nos miramos” (Teatro Nacional, 2019).

Además de participar en diversas iniciativas audiovisuales para televisión, fue escritor y protagonista de la Comedia Musical “Si Me Riera Bravo”, estrenada como parte del 13º Festival Mundial de Poesía en Venezuela en el Teatro Bolívar (julio 2016) y como parte del Festival Internacional de Teatro de Caracas (2018 y 2019).

Productor Nacional Independiente (PNI) N °25.407 del Ministerio de Comunicación e Información. Luego de desarrollarse desde su adolescencia como productor y presentador radial en RNV y OyeVen106.9FM, en el año 2018, con 26 años de edad, retoma su trabajo como Presentador de Televisión ingresando en Ávila TV para conducir programas como “Aquí, Allá, en Todas Partes”, “El de la tarde” y “Libronautas”. En el pandémico año 2020, ingresa en ViveTV como Presentador del programa de educación a distancia “Cada Familia, Una Escuela”, dónde se desenvuelve un año entero con el lema: Dibuuuuuuujaaaameee.

Actualmente se mantiene promoviendo el libro y la lectura desde las plataformas tecnológicas (@SiMeRieraBravo) al tiempo que, desde el Movimiento Aquiles Nazoa, promueve iniciativas orgánicas que, en sus palabras, generen “una cultura participativa y protagónica con la mayor suma de poesía posible” para que “creamos en la poesía”.

Visita nuestra página web en:

www.lahojadelacalle.com

Este libro fue diseñado en los talleres de la editorial
La hoja de la calle